



ALFONSO BETANCOURT CASTELLAR, 1924 - 2003



Aun para quienes como médicos cotidianamente nos toca enfrentarnos a la muerte, nada más doloroso que el referirnos a un ser querido que se nos adelantó al más allá. Dolor que me inspira a escribir estas líneas para recordar al amigo que me acompañó en esa lucha por hacernos unos profesionales destacados.

Desde mi ingreso a la Facultad de Medicina de la Universidad de Cartagena inicié una entrañable amistad con Alfonso, convirtiéndose en mi compañero de estudio, en esas largas travesías, debajo de la luz titilante de unos bombillos opacos frente a la antigua Casa Nacional del Periodista, especialmente “quemando pestañas” en la lectura de los textos de anatomía de Testut y Latarjet, uno con un hueso en la mano y el otro leyendo.

Éramos dos provincianos que, para aminorar la estrechez económica de la pobreza crónica que padecíamos los estudiantes de esa época, compartíamos un cigarrillo Pielroja, con el que mitigábamos esos agobiantes turnos como internos del antiguo Hospital Santa Clara, donde conocimos el dolor y la miseria del que sufre, cuando no se había perdido la relación médico-paciente, ni la fascinación por ejercer la medicina interna, y los enfermos nos interesaban como personas. Con la orientación de aquellos profesores clínicos, rectos y humanos adquirimos el temple para salir a enfrentarnos al ejercicio de la medicina sin mayores ayudas diagnósticas. A diferencia de ahora donde una generación de doctores actúa como robots y sólo hacen diagnósticos basados en imágenes radiológicas y ecográficas.

Juntos nos dedicamos a la elaboración de nuestras tesis de grado. Fue cuando él describió los primeros casos de Kwashiorkor o síndrome pluricarenal de la infancia en la Costa Atlántica de Colombia, de los que tanto se habló durante las III Jornadas Pediátricas Colombianas, realizadas en Cartagena en mayo de 1955. Su tesis fue laureada.

Nos graduamos juntos y favorecidos con una beca de la Fundación Rockefeller fuimos al Departamento de Ciencias Básicas de la Universidad del Valle, para mejorar nuestros conocimientos en estas áreas, y donde además servimos como instructores en el Hospital Universitario Evaristo García. Después de un año en Cali viajamos a Estados Unidos, donde ingresamos al Rockford Memorial Hospital de Rockford, Illinois. Ya él había contraído matrimonio y vivía fuera del hospital y recuerdo como ahora cuando Alfonso, en invierno, llegaba temblando de frío a mi cuarto para quitarse la nieve, ponerse la bata y salir a nuestra ronda a las 7:00 a.m. en punto y donde siempre impresionó a los profesores por sus análisis clínicos.

En mayo del año pasado celebramos en el hoy lujoso Hotel Sofitel Santa Clara, junto con 16 compañeros más, nuestros 50 años de egresados; fueron unos actos inolvidables preñados de recuerdos, en ese antiguo claustro, que luego fuera el vetusto hospital donde nos entrenamos y donde él ejerció como Profesor la cátedra de Medicina Interna, con lujo de competencias. Pero quizá su mayor enseñanza fue su ejemplo como profesional pulcro y correcto.

Me haría interminable si hiciera referencia a los cargos que ocupó y las muchas distinciones que recibió de la Facultad de Medicina, Cartamedas, Asmedas y de las muchas sociedades científicas a las que perteneció, entre otras el American College of Physicians. Pero no quiero dejar de mencionar la que le concedió la Asociación Colombiana de Medicina Interna (ACMI), Capítulo Costa Atlántica en 1987, una Mención Honorífica “En reconocimiento a sus cualidades humanas y docentes”. Más tarde la ACMI lo destacó como Miembro Honorario y la Federación Médica Colombiana le otorgó la Condecoración Cruz de Esculapio, su máxima distinción, a quien ha honrado el ejercicio de la profesión con su consagración a los principios de la medicina.

La partida física es inevitable; en lo espiritual y sentimental todo es diferente. Por eso es exacto el pensamiento de José Martí “La muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida”. Nuestro Premio Nobel de Literatura ha escrito: “La vida no es lo que uno vivió, sino lo que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”. La de Alfonso Betancourt hay que contarla para que sirva de ejemplo a las nuevas promociones de médicos.

Semblanza escrita por el Doctor Rafael I. Bermúdez B. Miembro Honorario Asociación Colombiana de Medicina Interna, (q.e.p.d.), en enero de 2004, y publicada en el periódico El Universal de la ciudad de Cartagena.